

Domingo XVI del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilía Misa Crismal 2015 y Discurso en el encuentro con familias**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. David AMADO i Fernández (Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

MIREN QUE LLEGAN DÍAS

Jr 23,1-6; Ef 2,13-18; Mc 6,30-34

La asociación de la figura del pastor con el oficio de gobernar es una tradición milenaria en el Antiguo Oriente. De esa figura se vale el profeta Jeremías para denunciar los equívocos y desaciertos de los gobernantes de Israel. Siendo las ovejas animales gregarios necesitan de la compañía del rebaño para subsistir, por eso no tiene sentido alguno que un pastor se ocupe de dispersarlas, eso equivale a convertirlas en víctima de lobos y ladrones. Los pastores descuidados pierden toda la confianza. En el Evangelio el Señor Jesús revierte la relación expuesta en el texto del profeta Jeremías, puesto que al encontrarse con una muchedumbre de personas desorientadas y dispersas, de inmediato las atiende, organiza e instruye. La profecía de Jeremías apuntaba a la llegada de un pastor modelo. La esperanza se ha cumplido en Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 53, 6. 8

El Señor es mi auxilio y el único apoyo en mi vida. Te ofrezco de corazón un sacrificio y daré gracias a tu nombre, Señor, porque eres bueno.

ORACIÓN COLECTA

Sé propicio, Señor, con tus siervos y multiplica, bondadoso, sobre ellos los dones de tu gracia, para que, fervorosos en la fe, la esperanza y la caridad, perseveren siempre fieles en el cumplimiento de tus mandatos. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores.

Del libro del profeta Jeremías 23, 1-6

¡Ay de los pastores que dispersan y dejan perecer a las ovejas de mi rebaño!, dice el Señor.

Por eso habló así el Señor, Dios de Israel, contra los pastores que apacientan a mi pueblo: “Ustedes han rechazado y dispersado a mis ovejas y no las han cuidado. Yo me encargaré de castigar la maldad de las acciones de ustedes. Yo mismo reuniré al resto de mis ovejas, de todos los países a donde las había expulsado y las volveré a traer a sus pastos, para que ahí crezcan y se multipliquen. Les pondré pastores que las apacienten. Ya no temerán ni se espantarán y ninguna se perderá.

Miren: Viene un tiempo, dice el Señor, en que haré surgir un renuevo en el tronco de David: será un rey justo y prudente y hará que en la tierra se observen la ley y la justicia. En sus días será puesto a salvo Judá, Israel habitará confiadamente y a Él lo llamarán con este nombre: ‘El Señor es nuestra justicia’”.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5.6

R/. El Señor es mi pastor, nada me faltará.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. **R/.**

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad. **R/.**

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes. **R/.**

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Cristo es nuestra paz; Él ha hecho de los judíos y de los no judíos un solo pueblo.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios 2, 13-18

Hermanos: Ahora, unidos a Cristo Jesús, ustedes, que antes estaban lejos, están cerca, en virtud de la sangre de Cristo.

Porque Él es nuestra paz; Él hizo de los judíos y de los no judíos un solo pueblo; Él destruyó, en su propio cuerpo, la barrera que los separaba: el odio; Él abolió la ley, que consistía en mandatos y reglamentos, para crear en sí mismo, de los dos pueblos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz, y para reconciliar a ambos, hechos un solo cuerpo, con Dios, por medio de la cruz, dando muerte en sí mismo al odio.

Vino para anunciar la buena nueva de la paz, tanto a ustedes, los que estaban lejos, como a los que estaban cerca.

Así, unos y otros podemos acercarnos al Padre, por la acción de un mismo Espíritu.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN Jn 10, 27

R/. Aleluya, aleluya.

Mis ovejas escuchan mi voz, dice el Señor; yo las conozco y ellas me siguen. **R/.**

EVANGELIO

Andan como ovejas sin pastor.

+ Del santo Evangelio según san Marcos 6, 30-34

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Entonces Él les dijo: “Vengan conmigo a un lugar solitario, para que descansen un poco”. Porque eran tantos los que iban y venían, que no les dejaban tiempo ni para comer.

Jesús y sus apóstoles se dirigieron en una barca hacia un lugar apartado y tranquilo. La gente los vio irse y los reconoció; entonces de todos los poblados fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron.

Cuando Jesús desembarcó, vio una numerosa multitud que lo estaba esperando y se compadeció de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.

Palabra del Señor. *Gloria a ti, Señor Jesús.*

Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Pidamos, hermanos, al Dios de la misericordia que auxilie nuestra pequeñez, para que podamos invocar su nombre con los sentimientos que El desea. Digamos con fiadamente: Escúchanos, Señor. (R/. Escúchanos, Señor.)

1. Por la paz y la concordia de las Iglesias, por la unión de todos los cristianos y por la salvación de nuestras almas, roguemos al Señor. *Escúchanos, Señor.*

2. Por los responsables de las naciones, para que bajo su gobierno tengamos una vida feliz y pacífica, roguemos al Señor. *Escúchanos, Señor.*

3. Por los que están lejos de casa, por los enfermos y los encarcelados y por todos los que sufren, roguemos al Señor. *Escúchanos, Señor.*

4. Por nuestra comunidad reunida en la fe, la piedad y el temor de Dios, por los que hacen el bien a nuestras parroquias y por los que ayudan a los pobres, roguemos al Señor. *Escúchanos, Señor.*

Escucha, Señor, las oraciones de tu pueblo, reunido para celebrar el domingo, y haz que, escuchando la palabra de tu Hijo y comiendo su pan de vida, lo reconozcamos como el verdadero profeta y como el buen pastor que nos guía hacia las fuentes de la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios nuestro, que con la perfección de un único sacrificio pusiste fin a la diversidad de sacrificios de la antigua ley, recibe las ofrendas de tus fieles, y santifícalas como bendijiste la ofrenda de Abel, para que aquello que cada uno te ofrece en honor de tu gloria, sea de provecho para la salvación de todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 110, 4-5

Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente; Él da alimento a sus fieles.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, muéstrate benigno con tu pueblo, y ya que te dignaste alimentarlo con los misterios celestiales, hazlo pasar de su antigua condición de pecado a una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- No es fácil despojar del poder a quienes lo han usado en beneficio propio durante décadas. Lo que pasa actualmente en nuestro país, en particular, la deshonesta conducción de los asuntos públicos por parte de políticos de todos los partidos, ha generado una sensación de indignación, rabia y hartazgo que hace eco de las palabras del profeta Jeremías. Algunos creyentes imaginan que esta situación crítica traerá cambios radicales en cuanto a la organización social, semejantes a los que supuso la ruina del imperio romano o del mundo medieval. Sin embargo, también advierten de lo lento e incierto de estos periodos de profunda transformación. La función educadora y evangelizadora tampoco se ha realizado con acierto. Ningún proyecto de cambio verdadero puede construirse sobre personas encallecidas en la simulación y la doble moral. Los ciudadanos tampoco estamos libres de responsabilidad en este desastre, también nos urge la autocrítica profunda.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Os daré pastores (Jr 23,1-6)

1ª lectura

En los capítulos anteriores de libro de Jeremías (21,1-22,30) se ha anunciado el destierro que habría de llegar y llegó como consecuencia de las infidelidades a la Alianza por parte de los reyes. Contra estos, por orden cronológico, han ido dirigidos los últimos oráculos. Ahora Jeremías mira al futuro y, mediante la imagen de los pastores, anuncia una nueva era en la que Dios mismo se ocupará de pastorear-regir a su pueblo (vv. 1-4); suscitará un nuevo rey que obrará la justicia (vv. 5-6); y, en consecuencia, la nueva situación nacida tras la vuelta del destierro será más gloriosa que la vivida tras el éxodo de Egipto (vv. 7-8).

San Juan Pablo II se apoya en este oráculo para subrayar la presencia continua de pastores que regirán el nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia: «Con estas palabras del profeta Jeremías Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y lo guíen: “Pondré al frente de ellas (o sea, de mis ovejas) Pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas” (Jr 23,4). La Iglesia, Pueblo de Dios, experimenta siempre el cumplimiento de este anuncio profético y, con alegría, da continuamente gracias al Señor. Sabe que Jesucristo mismo es el cumplimiento vivo, supremo y definitivo de la promesa de Dios: “Yo soy el buen Pastor” (Jn 10,11). Él, “el gran Pastor de las ovejas” (Hb 13,20), encomienda a los apóstoles y a sus sucesores el

ministerio de apacentar la grey de Dios (cfr Jn 21,15ss.; 1 P 5,2)» (San Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 1).

La promesa del nuevo rey (vv 5-6) es clave para entender el pensamiento de Jeremías. El texto está repetido con pequeños retoques en 33,15-16. La expresión «vienen días» es frecuente en oráculos de salvación como referencia al tiempo escatológico, aunque también puede referirse a la vuelta del destierro. El «brote justo» que designa al rey venidero llegará a ser término técnico del Mesías, tanto en Zacarías (Za 3,8; 6,12) como en el Nuevo Testamento (cfr Lc 1,78): es «justo», «ejercerá la justicia» y será llamado «el Señor, nuestra Justicia». Tal insistencia indica, en primer lugar, que Jeremías quiere legitimar la subida al trono de Sedecías, nombre que significa «justicia del Señor»; pero también muestra que el futuro Mesías será descendiente legal de David, puesto que el Señor lo garantiza al llamarlo «brote justo» o brote legítimo. Y, sobre todo, enseña que en la nueva era reinará la justicia porque habrá paz y seguridad plena: será la época definitiva de salvación.

Jeremías, por tanto, anuncia la llegada de un descendiente de David, que aportará una nueva etapa de prosperidad y salvación. El de Anatot es el último profeta que habla de un Mesías-Rey, intermediario entre Dios y el pueblo. Con todo, el profeta promete la intervención inmediata de Dios (23,2).

Cristo es nuestra paz (Ef 2,13-18)

2ª lectura

El mensaje del Apóstol sigue dirigiéndose a los cristianos procedentes de la gentilidad para que, al contemplar el misterio de Cristo, no se jacten de autosuficiencia. La obra redentora de Cristo en la cruz ha producido el acercamiento y la paz entre judíos y gentiles (vv. 13-15), y también la reconciliación de ambos con Dios (vv. 16-18). Deben ser conscientes de que, por Jesucristo, han sido integrados en un solo pueblo junto con los judíos, y por tanto hechos partícipes de la herencia prometida por Dios al pueblo de Israel. Han sido llamados, con ellos, a formar parte de la familia de Dios, la Iglesia, edificada sobre los Apóstoles y los Profetas, con la solidez que le proporciona Cristo Jesús (vv. 19-22).

«La mirada fija en el misterio del Gólgota debe hacernos recordar siempre —dice Juan Pablo II— aquella dimensión “vertical” de la división y de la reconciliación en lo que respecta a la relación hombre-Dios, que para la mirada de la fe prevalece siempre sobre la dimensión “horizontal”, esto es, sobre la realidad de la división y sobre la necesidad de la reconciliación entre los hombres. Nosotros sabemos, en efecto, que tal reconciliación entre ellos no es y no puede ser sino el fruto del acto redentor de Cristo, muerto y resucitado para derrotar el reino del pecado, restablecer la alianza con Dios y de este modo derribar el muro de separación que el pecado había levantado entre los hombres» (*Reconciliatio et paenitentia*, n. 7).

Descansad un poco (Mc 6,30-34)

Evangelio

Fácilmente, se percibe aquí la intensidad del ministerio público de Jesús. Era tal su dedicación que, por segunda vez (cfr 3,20), el evangelio hace notar que no tenía tiempo ni de comer.

Los Apóstoles participan también de esta entrega a los demás: tras las agotadoras jornadas de la misión apostólica, Jesús quiere llevarlos a descansar, pero las muchedumbres no se lo permiten. Los propósitos del Señor no dejan de ser una enseñanza práctica: «El Señor hace descansar a sus discípulos para enseñar a los que gobiernan que quienes trabajan de obra o de palabra no pueden trabajar sin interrupción» (S. Beda, *In Marci Evangelium* 2,5,31).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

La extrema misericordia del Señor

Mirad cómo en todo momento se retira el Señor: cuando Juan fue prendido, cuando se le mató, cuando los judíos oyeron decir que hacía muchos discípulos. Es que a la mayor parte de sus acciones les daba Él un sesgo más bien humano, pues todavía no era llegado el momento de revelar a plena luz su divinidad. De ahí que soliera mandar a sus discípulos que a nadie dijeran ser Él el Cristo o Mesías, pues esto lo quería revelar señaladamente después de su resurrección. De ahí también que no se mostrara muy duro con los judíos que, por de pronto, no creían en Él, sino que fácilmente los excusaba y perdonaba.

Al retirarse, empero, no se dirige a una ciudad, sino al desierto, y monta en una barca, con el fin de que no le siguiera nadie. Mas considerad, os ruego, cómo los discípulos de Juan se adhieren ahora más estrechamente a Jesús, pues ellos fueron los que le vinieron a dar la noticia de lo sucedido y, dejándolo todo, en Él buscaron un refugio para adelante. Así, no era poco lo que habían logrado tanto la desgracia del maestro como la respuesta que antes les diera Jesús mismo. —Mas ¿por qué razón no se retiró antes de que ellos le dijeran la noticia, cuando Él lo sabía todo antes de que vinieran a decirle nada? —Porque quería mostrar por todos los medios la verdad de su encarnación, y no quería que quedara probada sólo por la vista, sino también por sus obras. Sabía Él muy bien la astucia del diablo y cómo no había de dejar piedra por mover para destruir esa fe en la verdad de su encarnación.

Ahora bien, si Él se retira por esa razón que decimos, las muchedumbres ni aun así quisieron apartarse de su lado, sino que obstinadamente le fueron siguiendo, sin que el mismo drama de Juan los amedrentara. Tanto puede el amor, tanto puede la caridad, que lo vence todo y rompe por todos los obstáculos. Por eso, inmediatamente recibieron su recompensa. Porque, en saliendo—dice el evangelista—*Jesús de la barca, vio una inmensa muchedumbre y hubo lástima de ellos y curó a sus enfermos*. Cierto, pues, que era grande la adhesión de la muchedumbre; pero lo que Jesús hace sobrepasa la paga del más ardiente fervor. De ahí que el evangelista ponga por causa de estas curaciones la misericordia del Señor una extrema misericordia: Y los curó a todos. Aquí no exige el Señor fe a los enfermos. A la verdad, el acercarse a él, el abandonar sus ciudades, el irle buscando con tanta diligencia, el perseverar, no obstante el apremio del hambre, bastantemente ponía de manifiesto la fe que todos tenían en Él. También les ha de dar de comer; pero no quiere hacerlo por propio impulso, sino que espera a que se lo supliquen; pues, como alguna vez he dicho, guarda siempre el Señor la norma de no adelantarse a los milagros, sino esperar a que se los pidan.

—Y ¿por qué no se le acercó nadie de la muchedumbre a hablarle en favor de los demás? — Porque le tenían extraordinario respeto y, por otra parte, el deseo de estar a su lado no les dejaba sentir el hambre. Es más, ni los mismos discípulos, que se le acercaron, le dijeron: “Dales de comer”, pues sus disposiciones eran aún demasiado imperfectas. ¿Qué le dicen, pues? *Venida la tarde*—prosigue el evangelista—, *acercáronsele sus discípulos para decirle: El lugar es desierto y la hora de comer ha pasado ya. Despacha a la muchedumbre, a fin de que vayan a comprarse qué comer*. Porque, si aun después de cumplido el milagro, si aun después de los doce canastos de sobras, se olvidaron de él y cuando el Señor llamó levadura a la doctrina de los fariseos pensaron que les hablaba del pan ordinario, mucho menos podían esperar prodigio semejante antes de tener experiencia de lo que podía el Señor. Cierto que antes había curado a muchos enfermos; sin

embargo, ni aun así pudieron barruntar el milagro de la multiplicación de los panes. Tan imperfectos eran por entonces.

(Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (II), homilía 49, 1, BAC Madrid 1956, 52-54)

FRANCISCO – Homilía de la Misa Crismal 2015 y Discurso en el encuentro con las familias

El cansancio de los sacerdotes

Jueves Santo 2 de abril de 2015

«Lo sostendrá mi mano y le dará fortaleza mi brazo» (Sal 89, 22), así piensa el Señor cuando dice para sí: «He encontrado a David mi servidor y con mi aceite santo lo he ungido» (Sal 89, 21). Así piensa nuestro Padre cada vez que «encuentra» a un sacerdote. Y agrega más: «Contará con mi amor y mi lealtad. Él me podrá decir: Tú eres mi padre, el Dios que me protege y que me salva» (Sal 89, 25.27).

Es muy hermoso entrar, con el Salmista, en este soliloquio de nuestro Dios. Él habla de nosotros, sus sacerdotes, sus curas; pero no es realmente un soliloquio, no habla solo: es el Padre que le dice a Jesús: «Tus amigos, los que te aman, me podrán decir de una manera especial: “Tú eres mi Padre”» (cf. Jn 14, 21). Y, si el Señor piensa y se preocupa tanto en cómo podrá ayudarnos, es porque sabe que la tarea de ungir al pueblo fiel no es fácil, es dura; nos lleva al cansancio y a la fatiga. Lo experimentamos en todas sus formas: desde el cansancio habitual de la tarea apostólica cotidiana hasta el de la enfermedad y la muerte e incluso la consumación en el martirio.

El cansancio de los sacerdotes... ¿Sabéis cuántas veces pienso en esto: en el cansancio de todos vosotros? Pienso mucho y ruego a menudo, especialmente cuando el cansado soy yo. Rezo por los que trabajáis en medio del pueblo fiel de Dios que os fue confiado, y muchos en lugares muy abandonados y peligrosos. Y nuestro cansancio, queridos sacerdotes, es como el incienso que sube silenciosamente al cielo (cf. Sal 140, 2; Ap 8, 3-4). Nuestro cansancio va directo al corazón del Padre.

Estad seguros que la Virgen María se da cuenta de este cansancio y se lo hace notar enseguida al Señor. Ella, como Madre, sabe comprender cuándo sus hijos están cansados y no se fija en nada más. «Bienvenido. Descansa, hijo mío. Después hablaremos... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?», nos dirá siempre que nos acerquemos a Ella (cf. *Evangelii gaudium*, 286). Y a su Hijo le dirá, como en Caná: «No tienen vino».

Sucede también que, cuando sentimos el peso del trabajo pastoral, nos puede venir la tentación de descansar de cualquier manera, como si el descanso no fuera una cosa de Dios. No caigamos en esta tentación. Nuestra fatiga es preciosa a los ojos de Jesús, que nos acoge y nos pone de pie: «Venid a mí cuando estéis cansados y agobiados, que yo os aliviaré» (Mt 11, 28). Cuando uno sabe que, muerto de cansancio, puede postrarse en adoración, decir: «Basta por hoy, Señor», y rendirse ante el Padre; uno sabe también que no se hunde sino que se renueva porque, al que ha ungido con óleo de alegría al pueblo fiel de Dios, el Señor también lo unge, «le cambia su ceniza en diadema, sus lágrimas en aceite perfumado de alegría, su abatimiento en cánticos» (Is 61, 3).

Tengamos bien presente que una clave de la fecundidad sacerdotal está en el modo como descansamos y en cómo sentimos que el Señor trata nuestro cansancio. ¡Qué difícil es aprender a descansar! En esto se juega nuestra confianza y nuestro recordar que también somos ovejas y necesitamos que el Pastor nos ayude. Pueden ayudarnos algunas preguntas a este respecto.

¿Sé descansar recibiendo el amor, la gratitud y todo el cariño que me da el pueblo fiel de Dios? O, luego del trabajo pastoral, ¿busco descansos más refinados, no los de los pobres sino los que ofrece el mundo del consumo? ¿El Espíritu Santo es verdaderamente para mí «descanso en el trabajo» o sólo aquel que me da trabajo? ¿Sé pedir ayuda a algún sacerdote sabio? ¿Sé descansar de mí mismo, de mi auto-exigencia, de mi auto-complacencia, de mi auto-referencialidad? ¿Sé conversar con Jesús, con el Padre, con la Virgen y San José, con mis santos protectores amigos para reposarme en sus exigencias – que son suaves y ligeras–, en sus complacencias –a ellos les agrada estar en mi compañía–, en sus intereses y referencias –a ellos sólo les interesa la mayor gloria de Dios–? ¿Sé descansar de mis enemigos bajo la protección del Señor? ¿Argumento y maquino yo solo, rumiando una y otra vez mi defensa, o me confío al Espíritu Santo que me enseña lo que tengo que decir en cada ocasión? ¿Me preocupo y me angustio excesivamente o, como Pablo, encuentro descanso diciendo: «Sé en Quién me he confiado» (2Tm 1, 12)?

Repasemos un momento las tareas de los sacerdotes que hoy nos proclama la liturgia: llevar a los pobres la Buena Nueva, anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. E Isaías agrega: curar a los de corazón quebrantado y consolar a los afligidos.

No son tareas fáciles, exteriores, como por ejemplo el trabajo material –construir un nuevo salón parroquial, o delinear una cancha de fútbol para los jóvenes del Oratorio... –; las tareas mencionadas por Jesús implican nuestra capacidad de compasión, son tareas en las que nuestro corazón es «movido» y conmovido. Nos alegramos con los novios que se casan, reímos con el bebé que traen a bautizar; acompañamos a los jóvenes que se preparan para el matrimonio y a las familias; nos apenamos con el que recibe la unción en la cama del hospital, lloramos con los que entierran a un ser querido... Tantas emociones... Si tenemos el corazón abierto, esta mención y tanto afecto fatigan el corazón del Pastor. Para nosotros sacerdotes las historias de nuestra gente no son un noticiero: nosotros conocemos a nuestro pueblo, podemos adivinar lo que les está pasando en su corazón; y el nuestro, al compadecernos (al padecer con ellos), se nos va deshilachando, se nos parte en mil pedacitos, se conmueve y hasta parece comido por la gente: «Tomad, comed». Esa es la palabra que musita constantemente el sacerdote de Jesús cuando va atendiendo a su pueblo fiel: «Tomad y comed, tomad y bebed...». Y así nuestra vida sacerdotal se va entregando en el servicio, en la cercanía al pueblo fiel de Dios... que siempre, siempre cansa.

Quisiera ahora compartir con vosotros algunos cansancios en los que he meditado.

Está el que podemos llamar «el cansancio de la gente, de las multitudes»: para el Señor, como para nosotros, era agotador –lo dice el evangelio–, pero es cansancio del bueno, cansancio lleno de frutos y de alegría. La gente que lo seguía, las familias que le traían sus niños para que los bendijera, los que habían sido curados, que venían con sus amigos, los jóvenes que se entusiasmaban con el Rabí..., no le dejaban tiempo ni para comer. Pero el Señor no se hastiaba de estar con la gente. Al contrario, parecía que se renovaba (cf. *Evangelii gaudium*, 11). Este cansancio en medio de nuestra actividad suele ser una gracia que está al alcance de la mano de todos nosotros, sacerdotes (cf. *Evangelii gaudium*, 279). ¡Qué bueno es esto: la gente ama, quiere y necesita a sus pastores! El pueblo fiel no nos deja sin tarea directa, salvo que uno se esconda en una oficina o ande por la ciudad con vidrios polarizados. Y este cansancio es bueno, es sano. Es el cansancio del sacerdote con olor a oveja..., pero con sonrisa de papá que contempla a sus hijos o a sus nietos pequeños. Nada que ver con esos que huelen a perfume caro y te miran de lejos y desde arriba (cf. *Evangelii gaudium*, 97). Somos los amigos del Novio, esa es nuestra alegría. Si Jesús está pastoreando en medio de nosotros, no podemos ser pastores con cara de vinagre, quejosos ni, lo que es peor, pastores aburridos. Olor a oveja

y sonrisa de padres... Sí, bien cansados, pero con la alegría de los que escuchan a su Señor decir: «Venid a mí, benditos de mi Padre» (Mt 25, 34).

También se da lo que podemos llamar «el cansancio de los enemigos». El demonio y sus secuaces no duermen y, como sus oídos no soportan la Palabra de Dios, trabajan incansablemente para acallarla o tergiversarla. Aquí el cansancio de enfrentarlos es más arduo. No sólo se trata de hacer el bien, con toda la fatiga que conlleva, sino que hay que defender al rebaño y defenderse uno mismo contra el mal (cf. *Evangelii gaudium*, 83). El maligno es más astuto que nosotros y es capaz de tirar abajo en un momento lo que construimos con paciencia durante largo tiempo. Aquí necesitamos pedir la gracia de aprender a neutralizar —es un hábito importante: aprender a neutralizar—: neutralizar el mal, no arrancar la cizaña, no pretender defender como superhombres lo que sólo el Señor tiene que defender. Todo esto ayuda a no bajar los brazos ante la espesura de la iniquidad, ante la burla de los malvados. La palabra del Señor para estas situaciones de cansancio es: «No temáis, yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). Y esta palabra nos dará fuerza.

Y por último —para que esta homilía no os canse demasiado— está también «el cansancio de uno mismo» (cf. *Evangelii gaudium*, 277). Es quizás el más peligroso. Porque los otros dos provienen de estar expuestos, de salir de nosotros mismos a ungir y a trabajar (somos los que cuidamos). Este cansancio, en cambio, es más auto-referencial; es la desilusión de uno mismo pero no mirada de frente, con la serena alegría del que se descubre pecador y necesitado de perdón, de ayuda: este pide ayuda y va adelante. Se trata del cansancio que da el «querer y no querer», el haberse jugado todo y después añorar los ajos y las cebollas de Egipto, el jugar con la ilusión de ser otra cosa. A este cansancio, me gusta llamarlo «coquetear con la mundanidad espiritual». Y, cuando uno se queda solo, se da cuenta de que grandes sectores de la vida quedaron impregnados por esta mundanidad y hasta nos da la impresión de que ningún baño la puede limpiar. Aquí sí puede haber cansancio malo. La palabra del Apocalipsis nos indica la causa de este cansancio: «Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor» (Ap 2, 3-4). Sólo el amor descansa. Lo que no se ama cansa y, a la larga, cansa mal.

La imagen más honda y misteriosa de cómo trata el Señor nuestro cansancio pastoral es aquella del que «habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1): la escena del lavatorio de los pies. Me gusta contemplarla como el lavatorio del seguimiento. El Señor purifica el seguimiento mismo, él se «involucra» con nosotros (cf. *Evangelii gaudium*, 24), se encarga en persona de limpiar toda mancha, ese mundano smog untuoso que se nos pegó en el camino que hemos hecho en su nombre.

Sabemos que en los pies se puede ver cómo anda todo nuestro cuerpo. En el modo de seguir al Señor se expresa cómo anda nuestro corazón. Las llagas de los pies, las torceduras y el cansancio son signo de cómo lo hemos seguido, por qué caminos nos metimos buscando a sus ovejas perdidas, tratando de llevar el rebaño a las verdes praderas y a las fuentes tranquilas (cf. *Evangelii gaudium*, 270). El Señor nos lava y purifica de todo lo que se ha acumulado en nuestros pies por seguirlo. Eso es sagrado. No permite que quede manchado. Así como las heridas de guerra él las besa, la suciedad del trabajo él la lava.

El seguimiento de Jesús es lavado por el mismo Señor para que nos sintamos con derecho a estar «alegres», «plenos», «sin temores ni culpas» y nos animemos así a salir e ir «hasta los confines del mundo, a todas las periferias», a llevar esta buena noticia a los más abandonados, sabiendo que él está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Y, por favor, pidamos la gracia de aprender a estar cansados, pero ¡bien cansados!

Discurso del Santo Padre en el encuentro con las familias.

Viernes 16 de enero de 2015.

Viaje Apostólico a Sri Lanka y Filipinas

Descansar en el Señor

Estimadas familias, queridos amigos en Cristo:

(...) Las Escrituras rara vez hablan de san José, pero cuando lo hacen, a menudo lo encuentran descansando, mientras un ángel le revela la voluntad de Dios en sueños. En el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar, nos encontramos con José que descansa no una vez sino dos veces. Esta noche me gustaría descansar en el Señor con todos vosotros. Tengo necesidad de descansar en el Señor con las familias, y recordar mi familia: mi padre, mi madre, mi abuelo, mi abuela... Hoy descanso con vosotros y quisiera reflexionar con vosotros sobre el don de la familia.

Pero antes quisiera decir algo sobre el sueño. Mi inglés es tan pobre. Si me lo permitís, pediré a Mons. Miles de traducir y hablaré en español. A mí me gusta mucho esto de soñar en una familia. Toda mamá y todo papá soñó a su hijo durante nueve meses ¿es verdad o no? [Sí] Soñar cómo será el hijo. No es posible una familia sin soñar. Cuando en una familia se pierde la capacidad de soñar los chicos no crecen, el amor no crece, la vida se debilita y se apaga. Por eso les recomiendo que a la noche, cuando hacen el examen de conciencia, se hagan también, también, esta pregunta: ¿Hoy soñé con el futuro de mis hijos? ¿Hoy soñé con el amor de mi esposo, de mi esposa? ¿Hoy soñé con mis padres, mis abuelos que llevaron la historia hasta mí. ¡Es tan importante soñar! Primero de todo soñar en una familia. No pierdan esta capacidad de soñar.

Y también cuántas dificultades en la vida del matrimonio se solucionan si nos tomamos un espacio de sueño. Si nos detenemos y pensamos en el cónyuge, en la cónyuge. Y soñamos con las bondades que tiene, las cosas buenas que tiene. Por eso es muy importante recuperar el amor a través de la ilusión de todos los días. ¡Nunca dejen de ser novios!

A José le fue revelada la voluntad de Dios durante el descanso. En este momento de descanso en el Señor, cuando nos detenemos de nuestras muchas obligaciones y actividades diarias, Dios también nos habla. Él nos habla en la lectura que acabamos de escuchar, en nuestra oración y testimonio, y en el silencio de nuestro corazón. Reflexionemos sobre lo que el Señor nos quiere decir, especialmente en el Evangelio de esta tarde. Hay tres aspectos de este pasaje que me gustaría que considerásemos. Primero: descansar en el Señor. Segundo: levantarse con Jesús y María. Tercero: ser una voz profética.

Descansar en el Señor. El descanso es necesario para la salud de nuestras mentes y cuerpos, aunque a menudo es muy difícil de lograr debido a las numerosas obligaciones que recaen sobre nosotros. Pero el descanso es también esencial para nuestra salud espiritual, para que podamos escuchar la voz de Dios y entender lo que él nos pide. José fue elegido por Dios para ser el padre putativo de Jesús y el esposo de María. Como cristianos, también vosotros estáis llamados, al igual que José, a construir un hogar para Jesús. Preparar una casa para Jesús. Le prepararéis un hogar en vuestros corazones, vuestras familias, vuestras parroquias y comunidades.

Para oír y aceptar la llamada de Dios, y preparar una casa para Jesús, debéis ser capaces de descansar en el Señor. Debéis dedicar tiempo cada día a descansar en el Señor, a la oración. Rezar es descansar en el Señor. Es posible que me digáis: Santo Padre, lo sabemos, yo quiero orar, pero tengo

mucho trabajo. Tengo que cuidar de mis hijos; además están las tareas del hogar; estoy muy cansado incluso para dormir bien. Tenéis razón, seguramente es así, pero si no oramos, no conoceremos la cosa más importante de todas: la voluntad de Dios sobre nosotros. Y a pesar de toda nuestra actividad y ajetreo, sin la oración, lograremos realmente muy poco.

Descansar en la oración es especialmente importante para las familias. Donde primero aprendemos a orar es en la familia. No olvidéis: cuando la familia reza unida, permanece unida. Esto es importante. Allí conseguimos conocer a Dios, crecer como hombres y mujeres de fe, vernos como miembros de la gran familia de Dios, la Iglesia. En la familia aprendemos a amar, a perdonar, a ser generosos y abiertos, no cerrados y egoístas. Aprendemos a ir más allá de nuestras propias necesidades, para encontrar a los demás y compartir nuestras vidas con ellos. Por eso es tan importante rezar en familia. Muy importante. Por eso las familias son tan importantes en el plan de Dios sobre la Iglesia. Rezar juntos en familia es descansar en el Señor.

Yo quisiera decirles también una cosa personal. Yo quiero mucho a san José, porque es un hombre fuerte y de silencio y en mi escritorio tengo una imagen de san José durmiendo y durmiendo cuida a la Iglesia. Y cuando tengo un problema, una dificultad, yo escribo un papelito y lo pongo debajo de san José, para que lo sueñe. Esto significa para que rece por ese problema.

Otra consideración: levantarse con Jesús y María. Esos momentos preciosos de reposo, de descanso con el Señor en la oración, son momentos que quisiéramos tal vez prolongar. Pero, al igual que san José, una vez que hemos oído la voz de Dios, debemos despertar, levantarnos y actuar (cf. Rm 13, 11). Como familia, debemos levantarnos y actuar. La fe no nos aleja del mundo, sino que nos introduce más profundamente en él. Esto es muy importante. Debemos adentrarnos en el mundo, pero con la fuerza de la oración. Cada uno de nosotros tiene un papel especial que desempeñar en la preparación de la venida del reino de Dios a nuestro mundo.

Del mismo modo que el don de la sagrada Familia fue confiado a san José, así a nosotros se nos ha confiado el don de la familia y su lugar en el plan de Dios. Lo mismo que con san José. A san José el regalo de la Sagrada Familia le fue encomendado para que lo llevara adelante, a cada uno de ustedes y de nosotros - porque yo también soy hijo de una familia - nos entregaron el plan de Dios para llevarlo adelante. El ángel del Señor le reveló a José los peligros que amenazaban a Jesús y María, obligándolos a huir a Egipto y luego a instalarse en Nazaret. Así también, en nuestro tiempo, Dios nos llama a reconocer los peligros que amenazan a nuestras familias para protegerlas de cualquier daño.

Estemos atentos a las nuevas colonizaciones ideológicas. Existen colonizaciones ideológicas que buscan destruir la familia. No nacen del sueño, de la oración, del encuentro con Dios, de la misión que Dios nos da. Vienen de afuera, por eso digo que son colonizaciones. No perdamos la libertad de la misión que Dios nos da, la misión de la familia. Y así como nuestros pueblos en un momento de su historia llegaron a la madurez de decirle 'no' a cualquier colonización política, como familia tenemos que ser muy, muy sagaces, muy hábiles, muy fuertes para decir 'no' a cualquier intento de colonización ideológica sobre la familia. Y pedirle a san José, que es amigo del ángel, que nos mande la inspiración para saber cuándo podemos decir 'sí' y cuándo debemos decir 'no'.

Las dificultades que hoy pesan sobre la vida familiar son muchas. Aquí, en las Filipinas, multitud de familias siguen sufriendo los efectos de los desastres naturales. La situación económica ha provocado la separación de las familias a causa de la migración y la búsqueda de empleo, y los problemas financieros gravan sobre muchos hogares. Si, por un lado, demasiadas personas viven en pobreza extrema, otras, en cambio, están atrapadas por el materialismo y un estilo de vida que destruye la vida familiar y las más elementales exigencias de la moral cristiana. Éstas son las colonizaciones

ideológicas. La familia se ve también amenazada por el creciente intento, por parte de algunos, de redefinir la institución misma del matrimonio, guiados por el relativismo, la cultura de lo efímero, la falta de apertura a la vida.

Pienso en el beato Pablo VI en un momento donde se le proponía el problema del crecimiento de la población tuvo la valentía de defender la apertura a la vida de la familia. Él sabía las dificultades que había en cada familia, por eso en su Carta Encíclica era tan misericordioso con los casos particulares. Y pidió a los confesores que fueran muy misericordiosos y comprensivos con los casos particulares. Pero él miró más allá, miró a los pueblos de la tierra y vio esta amenaza de destrucción de la familia por la privación de los hijos. Pablo VI era valiente, era un buen pastor y alertó a sus ovejas de los lobos que venían. Que desde el cielo nos bendiga esta tarde.

Nuestro mundo necesita familias buenas y fuertes para superar estos peligros. Filipinas necesita familias santas y unidas para proteger la belleza y la verdad de la familia en el plan de Dios y para que sean un apoyo y ejemplo para otras familias. Toda amenaza para la familia es una amenaza para la propia sociedad. Como afirmaba a menudo san Juan Pablo II, el futuro de la humanidad pasa por la familia (cf. *Familiaris Consortio*, 85). El futuro pasa a través de la familia. Así pues, ¡custodiad vuestras familias! ¡Proteged vuestras familias! Ved en ellas el mayor tesoro de vuestro país y sustentarlas siempre con la oración y la gracia de los sacramentos. Las familias siempre tendrán dificultades, así que no le añadáis otras. Más bien, sed ejemplo vivo de amor, de perdón y atención. Sed santuarios de respeto a la vida, proclamando la sacralidad de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. ¡Qué gran don para la sociedad si cada familia cristiana viviera plenamente su noble vocación! Levantaos con Jesús y María, y seguid el camino que el Señor traza para cada uno de vosotros.

Por último, el Evangelio que hemos escuchado nos recuerda nuestro deber cristiano de ser voces proféticas en medio de nuestra sociedad. José escuchó al ángel del Señor, y respondió a la llamada de Dios a cuidar de Jesús y María. De esta manera, cumplió su papel en el plan de Dios, y llegó a ser una bendición no sólo para la sagrada Familia, sino para toda la humanidad. Con María, José sirvió de modelo para el niño Jesús, mientras crecía en sabiduría, edad y gracia (cf. Lc 2, 52). Cuando las familias tienen hijos, los forman en la fe y en sanos valores, y les enseñan a colaborar en la sociedad, se convierten en una bendición para nuestro mundo. Las familias pueden llegar a ser una bendición para el mundo. El amor de Dios se hace presente y operante a través de nuestro amor y de las buenas obras que hacemos. Extendemos así el reino de Cristo en este mundo. Y al hacer esto, somos fieles a la misión profética que hemos recibido en el bautismo.

Durante este año, que vuestros obispos han establecido como el Año de los Pobres, os pediría, como familias, que fuerais especialmente conscientes de vuestra llamada a ser discípulos misioneros de Jesús. Esto significa estar dispuestos a salir de vuestras casas y atender a nuestros hermanos y hermanas más necesitados. Os pido además que os preocupéis de aquellos que no tienen familia, en particular de los ancianos y niños sin padres. No dejéis que se sientan nunca aislados, solos y abandonados; ayudadlos para que sepan que Dios no los olvida. Hoy quedé sumamente conmovido en el corazón después de la Misa, cuando visité ese hogar de niños solos, sin familia. Cuánta gente trabaja en la Iglesia para que ese hogar sea una familia. Esto significa llevar adelante proféticamente qué significa una familia. Incluso si vosotros mismos sufrís la pobreza material, tenéis una abundancia de dones cuando dais a Cristo y a la comunidad de su Iglesia. No escondáis vuestra fe, no escondáis a Jesús, llevadlo al mundo y dad el testimonio de vuestra vida familiar.

Queridos amigos en Cristo, sabed que yo rezo siempre por vosotros. Rezo por las familias, lo hago. Rezo para que el Señor siga haciendo más profundo vuestro amor por él, y que este amor se

manifieste en vuestro amor por los demás y por la Iglesia. No olvidéis a Jesús que duerme. No olvidéis a san José que duerme. Jesús ha dormido con la protección de José. No lo olvidéis: el descanso de la familia es la oración. No olvidéis de rezar por la familia. No dejéis de rezar a menudo y que vuestra oración dé frutos en todo el mundo, de modo que todos conozcan a Jesucristo y su amor misericordioso. Por favor, dormid también por mí y rezad también por mí, porque necesito verdaderamente vuestras oraciones y siempre cuento con ellas. Muchas gracias.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2012

Dios quiere para nosotros la vida

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra de Dios de este domingo nos vuelve a proponer un tema fundamental y siempre fascinante de la Biblia: nos recuerda que Dios es el Pastor de la humanidad. Esto significa que Dios quiere para nosotros la vida, quiere guiarnos a buenos pastos, donde podamos alimentarnos y reposar; no quiere que nos perdamos y que muramos, sino que lleguemos a la meta de nuestro camino, que es precisamente la plenitud de la vida. Es lo que desea cada padre y cada madre para sus propios hijos: el bien, la felicidad, la realización. En el Evangelio de hoy Jesús se presenta como Pastor de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Su mirada sobre la gente es una mirada por así decirlo «pastoral». Por ejemplo, en el Evangelio de este domingo se dice que, «habiendo bajado de la barca, vio una gran multitud; tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas» (*Mc* 6, 34). Jesús encarna a Dios Pastor con su modo de predicar y con sus obras, atendiendo a los enfermos y a los pecadores, a quienes están «perdidos» (cf. *Lc* 19, 10), para conducirlos a lugar seguro, a la misericordia del Padre.

Entre las «ovejas perdidas» que Jesús llevó a salvo hay también una mujer de nombre María, originaria de la aldea de Magdala, en el lago de Galilea, y llamada por ello Magdalena. Hoy es su memoria litúrgica en el calendario de la Iglesia. Dice el evangelista Lucas que Jesús expulsó de ella siete demonios (cf. *Lc* 8, 2), o sea, la salvó de un total sometimiento al maligno. ¿En qué consiste esta curación profunda que Dios obra mediante Jesús? Consiste en una paz verdadera, completa, fruto de la reconciliación de la persona en ella misma y en todas sus relaciones: con Dios, con los demás, con el mundo. En efecto, el maligno intenta siempre arruinar la obra de Dios, sembrando división en el corazón humano, entre cuerpo y alma, entre el hombre y Dios, en las relaciones interpersonales, sociales, internacionales, y también entre el hombre y la creación. El maligno siembra guerra; Dios crea paz. Es más, como afirma san Pablo, Cristo «es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad» (*Ef* 2, 14). Para llevar a cabo esta obra de reconciliación radical, Jesús, el Buen Pastor, tuvo que convertirse en Cordero, «el Cordero de Dios... que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1, 29). Sólo así pudo realizar la estupenda promesa del Salmo: «Sí, bondad y fidelidad me acompañan / todos los días de mi vida, / habitaré en la casa del Señor / por años sin término» (22/23, 6).

Queridos amigos: estas palabras nos hacen vibrar el corazón, porque expresan nuestro deseo más profundo; dicen aquello para lo que estamos hechos: la vida, la vida eterna. Son las palabras de quien, como María Magdalena, ha experimentado a Dios en la propia vida y conoce su paz. Palabras más ciertas que nunca en los labios de la Virgen María, que ya vive para siempre en los pastos del Cielo, donde la condujo el Cordero Pastor. María, Madre de Cristo nuestra paz, ruega por nosotros.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

Cristo nuestra paz

III LA DEFENSA DE LA PAZ

La paz

2302 Recordando el precepto: “no matarás” (Mt 5,21), nuestro Señor exige la paz del corazón y denuncia la inmoralidad de la cólera homicida y del odio:

La *cólera* es un deseo de venganza. “Desear la venganza para el mal de aquel a quien es preciso castigar, es ilícito”; pero es loable imponer una reparación “para la corrección de los vicios y el mantenimiento de la justicia” (S. Tomás de Aquino, s. th. 2-2, 158, 1 ad 3). Si la cólera llega hasta el desear deliberado de matar al prójimo o de herirlo gravemente, constituye una falta grave contra la caridad; es pecado mortal. El Señor dice: “Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal” (Mt 5,22).

2303 El *odio* voluntario es contrario a la caridad. El odio al prójimo es pecado cuando el hombre le desea deliberadamente un mal. El odio al prójimo es un pecado grave cuando se le desea deliberadamente un daño grave. “Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...” (Mt 5,44-45).

2304 El respeto y el crecimiento de la vida humana exigen la paz. La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra, sin la salvaguarda de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad. Es “tranquilidad del orden” (S. Agustín, civ. 19,13). Es obra de la justicia (cf Is 32,17) y efecto de la caridad (cf GS 78, 1-2).

2305 La paz terrena es imagen y fruto de la *paz de Cristo*, el “Príncipe de la paz” mesiánica (Is 9,5). Por la sangre de su cruz, “dio muerte al odio en su carne” (Ef 2,16; cf. Col 1,20-22), reconcilió con Dios a los hombres e hizo de su Iglesia el sacramento de la unidad del género humano y de su unión con Dios. “Él es nuestra paz” (Ef 2,14). Declara “bienaventurados a los que obran la paz” (Mt 5,9).

2306 Los que renuncian a la acción violenta y sangrienta y recurren para la defensa de los derechos del hombre a medios que están al alcance de los más débiles, dan testimonio de caridad evangélica, siempre que esto se haga sin lesionar los derechos y obligaciones de los otros hombres y de las sociedades. Atestiguan legítimamente la gravedad de los riesgos físicos y morales del recurso a la violencia con sus ruinas y sus muertes (cf GS 78,5).

Testimoniar y trabajar por la paz y la justicia

V JUSTICIA Y SOLIDARIDAD ENTRE LAS NACIONES

2437 En el plano internacional la desigualdad de los recursos y de los medios económicos es tal que crea entre las naciones un verdadero “abismo” (SRS 14). Por un lado están los que poseen y desarrollan los medios de crecimiento, y por otro, los que acumulan deudas.

2438 Diversas causas, de naturaleza religiosa, política, económica y financiera, confieren hoy a la cuestión social “una dimensión mundial” (SRS 9). La solidaridad es necesaria entre las naciones cuyas políticas son ya interdependientes. Es todavía más indispensable cuando se trata de acabar con los “mecanismos perversos” que obstaculizan el desarrollo de los países menos avanzados (cf SRS

17; 45). Es preciso sustituir los sistemas financieros abusivos, si no usureros (cf CA 35), las relaciones comerciales inicuas entre las naciones, la carrera de armamentos, por un esfuerzo común para movilizar los recursos hacia objetivos de desarrollo moral, cultural y económico “fijando de nuevo las prioridades y las escalas de valores” (CA 28).

2439 Las *naciones ricas* tienen una responsabilidad moral grave respecto a las que no pueden por sí mismas asegurar los medios de su desarrollo, o han sido impedidas de realizarlo por trágicos acontecimientos históricos. Es un deber de solidaridad y de caridad; es también una obligación de justicia si el bienestar de las naciones ricas procede de recursos que no han sido pagados justamente.

2440 La *ayuda directa* constituye una respuesta apropiada a necesidades inmediatas, extraordinarias, causadas por ejemplo por catástrofes naturales, epidemias, etc. Pero no basta para reparar los graves daños que resultan de situaciones de indigencia ni para remediar de forma duradera las necesidades. Es preciso también *reformular las instituciones* económicas y financieras internacionales para que promuevan mejor relaciones equitativas con los países menos desarrollados (cf SRS 16). Es preciso sostener el esfuerzo de los países pobres que trabajan por su crecimiento y su liberación (cf CA 26). Esta doctrina exige ser aplicada de manera muy particular en el ámbito del trabajo agrícola. Los campesinos, sobre todo en el Tercer Mundo, forman la masa preponderante de los pobres.

2441 Acrecentar el sentido de Dios y el conocimiento de sí mismo constituye la base de todo *desarrollo completo de la sociedad humana*. Este multiplica los bienes materiales y los pone al servicio de la persona y de su libertad. Disminuye la miseria y la explotación económicas. Hace crecer el respeto de las identidades culturales y la apertura a la trascendencia (cf SRS 32; CA 51).

2442 No corresponde a los pastores de la Iglesia intervenir directamente en la actividad política y en la organización de la vida social. Esta tarea forma parte de la vocación de los *fieles laicos*, que actúan por su propia iniciativa con sus conciudadanos. La acción social puede implicar una pluralidad de vías concretas. Deberá atender siempre al bien común y ajustarse al mensaje evangélico y a la enseñanza de la Iglesia. Pertenece a los fieles laicos “animar, con su compromiso cristiano, las realidades y, en ellas, procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia” (SRS 47; cf 42).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco

En el Evangelio de hoy leemos:

«Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: “Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco”. Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado».

Como de costumbre, no pudiendo detenemos en todo, escogemos un tema o la palabra, que destaca sobre las demás. Esta vez tal tema es el reposo o descanso. Jesús invita a sus discípulos a separarse de la muchedumbre, de su trabajo, y a retirarse con él a un «sitio tranquilo y apartado». Les enseña a hacer lo que hacía él: a equilibrar la acción y la contemplación, a pasar del contacto con la gente al diálogo secreto y regenerador consigo mismo y con Dios.

El tema manifestado es de gran importancia y actualidad. Si me seguís, esta vez hagamos el elogio... de la lentitud. El ritmo de la vida ha tomado una tal velocidad que supera nuestras capacidades de adaptación. «Daos prisa lentamente», decían los latinos. Hoy se ha anulado el adverbio, lentamente, y se obedece sólo al verbo: date prisa, corre, apresúrate. El correr ha llegado a ser frecuentemente como un frenesí y una enfermedad. Se dice: «Quien se para está perdido»; pero, perdido está también quien no se para nunca. Está perdido detrás de las palabras, imágenes, informaciones, emociones, que cambian vertiginosamente y se consumen rápidamente, sin que haya posibilidad de acercarse a ellas con tranquilidad y albergarlas dentro de los propios espacios cognoscitivos y afectivos. Sucede, por el contrario, que en vez de integrar las cosas dentro de sí, son las personas a prodigarse en las cosas. Se llega a ser como engranajes de una máquina, que no se para nunca. ¿Recordáis la escena de Charlot en las tomas con la cadena de montaje en Tiempos modernos? Es la imagen exacta de esta situación.

De este modo, se pierde la capacidad del distanciamiento crítico, que permite ejercer un dominio sobre el fluir, frecuentemente caótico y descompuesto, de los acontecimientos y de las experiencias cotidianas. La vida, entonces, ya no es un viaje, sino una simple transferencia. No se tiene tiempo de entender y de gozar de lo que la vida ofrece día a día. Es como viajar en una autopista con la sola preocupación de superar la distancia con el menor tiempo posible sin gozar nada del paisaje por el que se atraviesa. Uno puede encontrarse en el otro fin de la existencia sin haberse dado cuenta de haber vivido.

Jesús en el Evangelio no da nunca la impresión de estar asfixiado por la prisa. A veces, hasta pierde el tiempo: todos lo buscan y él no se deja encontrar, absorto como está en la oración. En nuestro fragmento evangélico de hoy invita, asimismo, a sus discípulos a perder tiempo con él: «Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco». Recomienda frecuentemente no afanarse. Asimismo, nuestro físico ¡cuánto beneficio recibe de la «lentitud»!

Si la lentitud tiene connotaciones evangélicas es importante valorar todas las ocasiones de descanso o de tardanza, que están esparcidas a lo largo de la sucesión de los días. El domingo, las fiestas, si se utilizan bien, dan la posibilidad de cortar el ritmo de vida demasiado excitado y de establecer una relación más armónica con las cosas, las personas y, sobre todo, consigo mismo y con Dios.

Una de estas ocasiones de descanso son en la actualidad precisamente los días de vacaciones veraniegas. Éstas son para la mayoría de las personas, la única ocasión para descansar un poco, para dialogar con el propio cónyuge de un modo distendido, jugar con los hijos, leer cualquier buen libro o contemplar en silencio la naturaleza; en suma, para relajarse. Hacer de las vacaciones un tiempo más frenético que el resto del año significa arruinarlas. Al mandamiento: «Guardarás el día del sábado para santificarlo» sería necesario añadirle: «Acuérdate de santificar los días de vacaciones». Entre otras cosas, la palabra «feria», en su origen y también en el uso actual de la liturgia, significa precisamente «jornada dedicada al culto». Para no hablar de *holiday*, el término inglés, que significa a la letra «días santos».

En estas ocasiones de descanso, es necesario olvidar que se es una persona importante, tener cosas trascendentales que hacer. Perder tiempo es, a veces, el modo mejor de reencontrarlo. El verdadero tiempo perdido es el que consumo fuera de mí, en la agitación, sin jamás plantearme las preguntas esenciales: «¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Dónde voy?»; sin pensar nunca que hay un Dios; y que yo, precisamente yo, existo ante este Dios. «Basta ya (a la letra: vagad, tomaos una vacación) y sabed que yo soy Dios», dice el Señor (Salmo 46,11). Pasar un período de reposo y de recogimiento es también (para decirlo con M. Proust) un ir «a la búsqueda del tiempo perdido».

Esta exigencia de tiempos de soledad y de escucha se nos plantean de un modo especial a los anunciadores o predicadores del Evangelio y a los animadores de la comunidad cristiana, que deben estar constantemente en contacto con la fuente de la vida y de la Palabra, que han de transmitir a los hermanos. Los laicos debieran alegrarse, no sentirse abandonados, cada vez que el propio sacerdote se ausenta durante un tiempo para una «recarga» intelectual y espiritual. El discurso, sin embargo, vale para todos aunque de un modo distinto. De igual forma, un profesional, un hombre político, un obrero, un padre y una madre de familia, un joven, tienen necesidad de apartarse de tanto en tanto del propio trabajo, para descubrir su sentido y sus motivaciones.

Leamos ahora, no obstante, el resto del fragmento evangélico de hoy, porque también él tiene algo que decirnos sobre el aislamiento:

«Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces, de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma».

La vacación de Jesús con los apóstoles ha sido de poca duración. Justo una pausa como de un respiro, el tiempo para atravesar el lago en barca y pararse quizás de tanto en tanto para pescar algo. Jesús no se irrita con la gente, que no le da tregua, sino que les siente «lástima», porque «andaban como ovejas sin pastor» (Mateo 9, 36).

Esto nos dice que frente a una situación de grave necesidad del prójimo es necesario estar dispuestos a interrumpir, asimismo, el merecido descanso. No se puede, por ejemplo, abandonarle a sí mismo o aparcar en un hospital a un anciano, que está al propio cargo, para gozar sin estorbos los días de feria o de vacación. No podemos olvidar a tantas personas, a las que la soledad no les da elección, sino que la sufren, y no durante alguna semana o mes, sino durante años, quizás durante toda la vida.

La escucha del Evangelio debiera, igualmente en este caso, llevarnos a una resolución práctica. Para algunos sugiero ésta: mirar alrededor y ver si hay alguien al que ayudar para sentirse menos solo en la vida; con una visita, una telefoneada, una invitación a encontrarse un día en el lugar de vacaciones; en suma, lo que el corazón y las circunstancias sugieran. A otros, si en la vida no lo han hecho nunca, les sugiero probar a entrar en una iglesia o en una capilla del monte (si se está en la montaña) en una hora, en que está solitaria, y transcurrir allí algo de tiempo «aparte», solos consigo mismos, ante Dios. No importa si parece que allí no se tiene nada que decir. Un día el gran poeta Paul Claudel, que había sido también embajador de Francia en el Japón, entró en pleno verano en una iglesia alrededor del mediodía y escuchad la oración, que le hizo a la Virgen, que os puede ayudar:

«Es mediodía. Veo la iglesia abierta.
Es necesario entrar.
Madre de Jesucristo, no vengo para rezar.
No tengo nada que ofrecer y
nada que pedir.
Vengo solamente, oh Madre, a mirarte...
No quiero decir nada,
mirar sólo vuestro rostro.
y dejar cantar al corazón
en su propio lenguaje».
Dejar «cantar» al corazón... o llorar, según los casos.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

El orden en el amor

Como ovejas que no tienen pastor, señala el evangelista en el pasaje que la Iglesia ofrece a nuestra consideración para este domingo. Alude así al estado de desvalimiento de aquellas gentes. Jesús se compadece. Podría muy bien haber pensado ante todo en otros más capaces, con menos dificultades, con más medios y capacidad de influir, pero no. De hecho, la enseñanza reiterada de los pastores de la Iglesia es que Jesús se fijó en los más necesitados y se entregó en persona materialmente a ellos. Es lo normal, para un alma que ama, salir al paso primero del dolor, la indigencia y el mal que se puede remediar ya en los que están más próximos. Si nos interesan todas las almas *—un mar sin orillas* es nuestro apostolado, afirmaba san Josemaría—, no podremos ser consecuentes con esta convicción dejando sufrir a quienes tratamos mañana y tarde.

Aunque todos conocemos ambientes, tal vez distantes, en los que abunda el dolor y que sería necesaria una enorme cantidad de solidaridad para comenzar a poner remedio a esas situaciones, muchas veces ignoradas que nos han sobrecogido al conocerlas, también muy cerca de nosotros las personas sufren. Lo sabemos, pero parece que tuviéramos que poner un singular esfuerzo para reconocerlo en concreto y, más aún, para sentir alguna conmoción que sea efectiva. Los que son víctima de la ignorancia y sus consecuencias —posiblemente la peor de las pobrezas—; los marginados por las cambiantes injusticias —dependiendo de lugares y momentos—; los que han padecido el infortunio de un destino humanamente adverso sin culpa propia, por ruina, enfermedad, abandono, etc., son algunos ejemplos de gentes sufrientes con las que convivimos.

Sabemos que están ahí. Quizá, sobre todo, abundan los ignorantes de Dios, incapaces de vivir hacia la vida eterna, que es el único destino plenamente gratificante para el hombre, aunque, la propia ignorancia conlleve a no echarlo de menos. ¿Acaso nos importan poco? Pues, no hay lugar para la disculpa: “¿qué puedo hacer yo estando tan distante de los indigentes?”, piensan algunos. Muchos hay, ciertamente distantes, como alejados de Cristo había también muchos necesitados hace 20 siglos. Pero, como entonces, podremos verlos también todos a nuestro lado. Necesitados en el cuerpo o en el espíritu: en el propio edificio, al cruzar por la calle de siempre, en nuestro lugar de trabajo, incluso en la propia casa.

Al desembarcar vio una gran multitud y se llenó de compasión por ella, dice san Marcos. De inmediato se dio cuenta. Y, no ya de que estuvieran verdaderamente necesitados, **como ovejas sin pastor**, sino de que podría ayudarles, pues, de hecho, puso de inmediato manos a la obra: **se puso a enseñarles muchas cosas**. “Obras son amores, y no buenas razones”, solemos afirmar hoy. Ya lo advertiría san Juan, el apóstol y evangelista: **si alguno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios?** Seamos, pues, sinceros con nosotros mismos, que la medida de nuestra santidad está en los detalles concretos con los que aliviarnos, de hecho, las indigencias que contemplamos. **Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad**, concluye san Juan.

Más difícil posiblemente sea —aunque no nos falta la luz de Dios— notar la ausencia de relieve sobrenatural y trascendencia en la vida de nuestros prójimos. Sin embargo, en la medida en que crece el amor de Dios, aumenta asimismo el celo santo que procura que sea amado por muchos: *¡Qué compasión te inspiran!... Querrías gritarles que están perdiendo el tiempo... ¿Por qué son tan ciegos, y no perciben lo que tú —miserable— has visto? ¿Por qué no han de preferir lo mejor?*

—Reza, mortifícate, y luego —¡tienes obligación!— despiértales uno a uno, explicándoles —también uno a uno— que, lo mismo que tú, pueden encontrar un camino divino, sin abandonar el lugar que ocupan en la sociedad.

Las palabras de san Josemaría nos pueden ayudar a concretar qué haremos por éste, por aquél... Los conocemos por amistad, compañerismo, parentesco, etc. e intentaremos lo más oportuno en cada caso. La Gracia de Dios no nos ha de faltar para que nos salgan de los labios las palabras que el interesado necesita. En todo caso, habremos ido por delante, “preparando el terreno” con oración y mortificación: las primeras y más eficaces armas del apóstol. Luego, el tiempo y la correspondencia libre en cada caso deben hacer el resto. **Salió el sembrador a sembrar...**, decía Nuestro Señor en la parábola. Después cada semilla fructificaba a su modo según sus disposiciones. Lo nuestro es sembrar.

Reina de los apóstoles, ruega por nosotros.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La “pastoral” de Jesús

Con respecto al domingo pasado, la atención se desvía, en el Evangelio de hoy, desde la figura del misionero a la del pastor. Esta hermosa progresión —que, entre otras cosas, refleja cómo nace y se desarrolla una comunidad cristiana— no fue entendida por Marcos al escribir su Evangelio, pero sí fue entendida por la Iglesia al preparar la liturgia de la palabra de hoy.

El Evangelio de hoy presenta diversos temas, distribuidos a lo largo de un viaje de traslado de Jesús desde una orilla a otra del lago de Tiberíades. Es una escena simple y sugestiva, especialmente si la imaginamos acaecida en esta misma estación en que la estamos comentando, es decir, en medio del calor estival.

Después de volver de su misión por los pueblos vecinos, los apóstoles se reúnen alrededor de Jesús para contarle todo lo que habían hecho y enseñado (¡el primer relato misionario en la Iglesia!). Debían sentirse felices (cfr. Lc. 10, 17), pero también muy cansados, porque Jesús los invita a ir con él aparte a un lugar solitario para descansar un poco. Aquí se abre un pasaje sobre las condiciones en las que vivía Jesús en aquellos tiempos. (Porque era tanta la gente que iba y venía, que no tenían tiempo ni para comer).

Habiendo llegado a la orilla opuesta del lago, se vieron precedidos por la multitud que había intuido sus intenciones. No debe sorprender que las multitudes a pie llegaran antes que los apóstoles en barca; basta pensar que ellos iniciaron su reposo ya en mitad del lago, remando despacio o deteniéndose algunas horas para pescar. (Quien ha atravesado el lago de Tiberíades con buen tiempo, sabe qué natural debía resultar esto para personas cansadas y deseosas de calma). Al ver a la multitud que lo espera, Jesús no se irrita por el descanso acabado, sino que vuelve a enseñar con calma a la gente.

De estos varios momentos y temas, la liturgia toma uno determinado, en relación con el cual lee todo el resto del episodio; es el momento fijado de manera estupenda con las palabras: *Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato* (otros traducen: a enseñar con calma).

He aquí lo que se entiende cuando se dice que la Tradición no es otra cosa que las Escrituras leídas en la Iglesia y por la Iglesia. La liturgia de hoy no agrega nada más, ni nada ajeno a la palabra

de Dios, sino que la actualiza, la sitúa en un contexto; es como partir el pan de la palabra para distribuirlo entre la multitud. Leída desde este ángulo litúrgico, toda la palabra de Dios se nos presenta como un discurso hecho a los pastores y acerca de los pastores, pero en forma que sea escuchado y beneficie también a las ovejas.

El discurso a los pastores comienza con las palabras de Jeremías en la primera lectura, y comienza en un tono más bien amenazador: *¡Ay de los pastores que pierden y dispersan el rebaño de mi pastizal... ustedes han dispersado mis ovejas, las han expulsado y no se han ocupado de ellas...! Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas.* Estas últimas palabras remiten claramente a la escena evangélica de Jesús (¡el pastor prometido en Jeremías!), que se preocupa por las ovejas. Entramos así en la parte positiva del discurso a los pastores, que tiene en el centro la actuación ejemplar de Jesús. Podríamos decir que hoy somos llamados a estudiar “la pastoral” de Jesús.

Esta pastoral tiene dos momentos fundamentales: el cuidado de las multitudes y el cuidado de los futuros pastores. En este Evangelio, Jesús se nos presenta como un obispo ideal que se detiene con gusto y por mucho tiempo con su clero, no olvidando ni por un instante al resto de su rebaño, sino dispuesto a dejar todo para correr hacia él.

Las primeras palabras del pasaje evangélico nos presentan a Jesús que se aparta con sus discípulos para descansar y orar juntos. Estamos al principio de una sección del Evangelio que se desarrolla entre la salida de Galilea y la ida a Jerusalén, sección en la cual Jesús invierte casi todo su tiempo en formar a un grupo de discípulos que deberán ser, después de su desaparición, los animadores y los pastores de la comunidad. Al actuar así, él no abandona al pueblo para cultivar a una élite, no se aparta de las masas, sólo se ocupa de ellas de un modo distinto, se ocupa del futuro del Reino. Hoy diríamos: se desvela por el porvenir de la Iglesia. Por lo tanto, también aquí es pastor en forma exquisita; es *princeps pastorum*, como lo llamará san Pedro (1 Pedro 5, 4), es decir, “pastor de los pastores”.

En esta formación de los futuros jefes de las comunidades, Jesús alterna la acción (el envío a la misión) y la contemplación; el contacto con las multitudes y la soledad con él. En esta última, los educa en la oración (es en uno de estos momentos que enseña el Padre nuestro a los discípulos: cfr. Lc. 11. 1 ssq.) y los instruye acerca de los misterios del Reino (cfr. Mc. 4, 10 sq.). Jesús no trata a sus “sacerdotes” como a colaboradores externos, sino como a amigos Jn. 15, 15: *Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor yo los llamo amigos.* De esa manera, poco a poco, elimina en ellos el ánimo innato del mercenario y crea en ellos el alma del pastor, de quien está dispuesto a dar la vida por las ovejas y por el Reino (Jn. 10, 12 ssq.).

En la segunda parte del Evangelio, la escena “Jesús y los apóstoles” es remplazada bruscamente por la escena “Jesús y las multitudes”. ¿Cómo se comporta Jesús ante las multitudes que lo han seguido más allá del lago? No como un *manager*: rígido observador del propio horario de trabajo y celoso guardián de la privacidad; ni tampoco como alguien que está siempre en la cátedra. En efecto, la primera reacción es “la conmoción”, es decir, algo que alcanza a todo el ser de aquella gente, no sólo a su mente o a su cuerpo. La frase de Marcos (se compadeció de ella –la muchedumbre– porque eran como ovejas sin pastor) no se explica sino como eco indirecto de una exclamación de simpatía y de compasión que Jesús se dejó escapar al ver llegar de todos lados aquella gente andrajosa, con la cara quemada por el sol y el cansancio. La frase revela un sentido de ternura infinita y evoca otras palabras de Jesús: *Me da pena esta multitud, porque hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer* (Mc. 8, 2).

Esta gente no ha venido porque se ha saciado de pan, como sucede en otra circunstancia (cfr. Jn. 6, 26), es decir, por motivos interesados y mezquinos (¡la multiplicación del pan es posterior a este episodio, no anterior!); ha venido porque no puede acercarse a nadie y, de improviso, se ha encontrado con alguien que no la desprecia, sino que le da una esperanza. Religiosamente, son personas al margen de la ley que no conocen y no pueden observar; los fariseos y los escribas las llaman con desprecio “hombres de la tierra” políticamente, se acuerdan de ellos sólo para pedir impuestos y tributos o, como hacían los zelotas, para enrolos en movimientos de rebelión destinadas a la masacre. El espectáculo (de acuerdo con lo que sabemos sobre las condiciones sociales y económicas de la época, vinculadas con la población rural de Palestina), debía ser de veras lastimero. Jesús se conmueve ante su humanidad “humillada y ofendida” y, más aún, ante su necesidad y ante su espera del Reino de Dios.

Para nosotros, resulta instructivo saber por el Evangelio que, frente a este “proletariado andrajoso”, como lo definió la historiografía marxista (F. Engels), Jesús no hace encendidos discursos de rebelión social, sino que comienza a “enseñarle muchas cosas”, cosas que, por cierto, se referían al Reino: qué era el Reino de Dios; qué debían hacer para entrar en él; quiénes eran allí “los primeros”... Jesús los instruye, los eleva, los hace convertirse en hombres, justamente a través de la fe; no posterga el discurso sobre el Reino para cuando estén con el estómago lleno. La multiplicación de los panes sigue inmediatamente, en el Evangelio de hoy, al episodio de hoy; pero lo sigue, ¡no lo precede! Ella constituye el premio para quienes buscaron primero el Reino y su justicia (Mt. 6, 33), no la condición *sine qua non* para poderlo buscar. Hay mucho para reflexionar en esto; quizás algunos de nuestros discursos sobre evangelización y promoción humana deben ser corregidos a fin de concordar en mayor grado con la lógica evangélica.

Decía que el de hoy es un discurso dirigido a los pastores para que escuchen las ovejas. En efecto, existen diversas cosas en esta liturgia que están destinadas específicamente a ellas. Se dice que las multitudes buscan a Jesús, mejor aún, siguen a Jesús. Y esto nos recuerda que los fieles de la grey de la Iglesia no deben esperar siempre pasivamente que alguien vaya a buscarlos, a recogerlos, a atraerlos, con la impresión de que cada vez se les pide una limosna de su tiempo o de cualquier otra cosa. El buen pastor va en busca de la oveja, ¡pero la buena oveja también debería ir en busca del pastor! No buscarlo sólo cuando hay que bendecir un cadáver o celebrar una boda. Buscar y ofrecerse: de hecho, nadie, ni siquiera el Papa, es en la Iglesia puramente pastor sino también oveja, y nadie es sólo oveja sino también pastor, es decir, responsable, de alguna manera, de los hermanos y del Reino.

¿Por qué, entonces, dejar tan a menudo al propio pastor en el aislamiento moral y físico, salvo para reprocharle después el no hacer lo suficiente por los niños, las mujeres, los enfermos, o el ir siempre a lo de las mismas personas? Muchas comunidades cristianas volverían a florecer si hubiera un mayor contacto y un intercambio más profundo entre el clero y los laicos, y si todos pudieran experimentar la alegría de utilizar para los demás el propio carisma, sea grande o pequeño.

Otra cosa destinada a las ovejas está incluida en el bellissimo Salmo responsorial, y es la seguridad ilimitada que deben sentir con Jesús pastor: *El Señor es mi pastor, nada me puede faltar... Tu vara y tu bastón me infunden confianza. Tú preparas ante mí una mesa.*

Muy bien, ahora el pastor prepara verdaderamente una mesa ante nosotros: la mesa de su cuerpo y de su sangre. Nosotros también podemos decir con el salmista: *Mi copa rebosa de felicidad y de gracia.*

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

• Confianza del cristiano.

1. La figura del Buen Pastor ocupa el centro de la liturgia de este domingo. Es una figura particularmente simpática en el Evangelio; por ello, la Iglesia habla frecuentemente de ella.

Hoy lo hace, recurriendo a la parábola evangélica, pero citando antes las palabras del Salmo:

“Es Yahvé mi pastor; nada me falta” (Sal 22 (23), 1).

En la liturgia renovada estas palabras las sentimos muy cercanas. Nos gusta cantarlas, comprendiendo bien el significado de la metáfora que aparece en las palabras del Salmo:

“Me hace recostar en verdes pastos / y me lleva a frescas aguas. / Recrea mi alma, / me guía por las rectas sendas / por amor de su nombre” (Sal 22 (23), 2-3).

Cantamos frecuentemente estas palabras para abrir ante el Señor toda nuestra alma y todo lo que la atormenta:

“Aunque haya de pasar por un valle tenebroso, / no temo mal alguno, / porque tú estás conmigo...” (Sal 22 (23), 4). Nuestra peregrinación terrena no es un andar errantes por caminos intransitables. Hay un Pastor que nos conduce, que quiere nuestro bien y nuestra salvación, no sólo en esta vida, sino también en la eternidad:

“Sólo bondad y benevolencia *me acompañan* / todos los días de mi vida; / y moraré en la casa de Yahvé / por dilatados días” (Sal (23) ,6).

• Rezar por los pastores de la iglesia.

2. La liturgia de este domingo dirige al mismo tiempo nuestra atención hacia los que el Señor llama a una especial participación en su solicitud pastoral por el hombre.

El Profeta Jeremías habla con palabras fuertes *de la gran responsabilidad* que tienen los Pastores de cada una de las naciones. He aquí por qué nace en nosotros, reunidos para el Ángel dominical, la necesidad *de rezar por los Pastores de la Iglesia* en el mundo.

Que el “báculo pastoral” sea un “consuelo” para todo el rebaño confiado a los Pastores.

Que se realicen esas palabras proféticas que tan frecuentemente sentimos y cantamos:

“Tú dispones ante mí una mesa / enfrente de mis enemigos, / *Derramas* el óleo sobre mi cabeza, / y mi cáliz rebosa” (Sal: (23), 5).

Que se cumplan estas palabras.

Que los Pastores –dignos discípulos del Buen Pastor– pueda preparar en todo el mundo “*un banquete de la Palabra Divina*” y un “banquete eucarístico”.

Que en los sacramentos, mediante la unción con los santos óleos, transmitan las “riquezas de su gracia” (cfr. Ef 1, 7) a cuantos están en camino hacia la patria eterna.

• Renovación espiritual.

3. Jesús, en el Evangelio de hoy, dice a los Apóstoles: “Venid, retirémonos a un lugar desierto para que descanséis un poco” (Mc 6,31). Encomendemos a la solicitud del Buen Pastor a todos aquellos que descansan estos días, aprovechando las vacaciones del trabajo.

Recemos sobre todo al Señor por aquellos que buscan los lugares solitarios para renovarse espiritualmente. Por aquellos que –precisamente durante las vacaciones– buscan el recogimiento y hacen los ejercicios espirituales.

Que se realicen sobre ellos las promesas de la liturgia de hoy ligada a la figura del Buen Pastor.

• **Oración por los que sufren.**

4. En las intenciones de nuestras plegarias, no podemos olvidar a los que sufren, a los hermanos que padecen calamidades, enfermedades y sobre todo los horrores de la guerra. Pensemos en las numerosas víctimas del conflicto entre Irán e Irak que se ha desencadenado de nuevo estos días. Recordemos los sufrimientos de la población de Beirut, asediada desde hace varias semanas bajo frecuentes bombardeos y privada de lo necesario.

Recemos al Señor, por intercesión de María, para que alivie tantos dolores y consuele a los que se encuentran en la angustia y en el peligro.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¡Necesitas descansar! ¡Tómame unos días de asueto!, nos aconsejan familiares, amigos, el médico, cuando la fatiga va haciendo mella en nuestro modo crispado de afrontar los trabajos y los problemas diarios. La existencia se ha convertido en una suerte de *tobogán* por el que nos deslizamos sin control. No dominamos las situaciones sino que son ellas las que lo hacen. No vamos, nos llevan.

“*Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco. Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer*”, nos dice el Señor en el Evangelio de hoy.

Descansando se recuperan las fuerzas, nos reponemos y evitamos que la salud se resienta, lo que iría en detrimento de la atención a los nuestros: hijos, familiares, amigos, compañeros de trabajo. Quien descuidara este deber elemental con el pretexto de no tener tiempo, acabaría enfermando y no teniendo tiempo para dedicarse a ese quehacer que tanto le absorbe.

Vivir no consiste en ir a la deriva, sin mantener un rumbo frente al oleaje y las tormentas de la vida. Todos los objetivos que nos proponemos nacen siempre en nuestro interior, y ese interior, *esa hoja de ruta*, debe trazarse con el necesario descanso, que no consiste en un *dolce far niente*, sino en dedicar tiempo a nuestra formación humana, tanto física como espiritual. El camino de todo logro valioso comienza enriqueciendo nuestro universo interior, ese laboratorio donde se integran los datos y experiencias que van madurando poco a poco a la persona y capacitándola para analizar y unificar la compleja realidad en la que vive.

En este episodio evangélico se nos recuerda que el descanso, buscar “*un sitio tranquilo y apartado*”, no implica una huida de los demás y de los asuntos de cada día, es, más bien, lo que nos permitirá afrontar con más serenidad y eficacia nuestras obligaciones. Al llegar al lugar de descanso, “*Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma*”. El descanso permite vivir *con alma y con calma*.

En el Salmo Responsorial se dice: “*El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas*”. La solicitud del Señor con nosotros es encomiada con esta alabanza del salmista. El descanso es el Tercer Mandamiento del Decálogo.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Como pueblo salvado por Cristo proclamamos: «El Señor es nuestra justicia»“

Jeremías lanza sus invectivas contra los dirigentes de Israel. Mientras tuvieron buenos “pastores”, caminaron sin peligro por cualquier lugar; ahora que no tienen, andan errantes y sin rumbo. Por eso es necesario un nuevo pastor. El “Yo mismo reuniré el resto... y las volveré a traer a sus dehesas”, es una forma de anunciar la restauración y la vuelta del destierro; pero también de proclamar Dios mismo por su profeta que no se fiaba nada de los que antes habían sido nombrados pastores.

Poner en común la experiencia de su primera misión, por corta o meramente experimental que fuera, debió resultar muy interesante para ellos. Si no se detienen los evangelistas en ello es por no rebajar la verdadera misión, la de después de Pentecostés. En estas primeras tareas los discípulos anunciaban la conversión y el arrepentimiento ante la inminencia del Reino.

Aun en el mismo lenguaje están desapareciendo poco a poco términos que hacen relación a mando, dominio, autoridad... y proliferan expresiones que nos recuerdan lo colectivo, lo igualitario, lo paritario, etc. Es como si ya no se necesitaran personas que llamen, orienten y guíen. Y, sin embargo, cuando aparecen fracasos, nos quejamos de la falta de líderes, de personas con iniciativa capaces de tomar decisiones en un momento dado.

– La Iglesia es apostólica:

“La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los apóstoles... Fue y permanece edificada sobre «el fundamento de los apóstoles» (Ef 2,20; Hch 21,14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo... «Porque no abandonas nunca a tu rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio»“ (MR, Prefacio de los apóstoles) (857).

– “Es preciso comenzar por purificarse antes de purificar a los otros; es preciso ser instruido para poder instruir; es preciso ser luz para iluminar, acercarse a Dios para acercarle a los demás, ser santificado para santificar, conducir de la mano y aconsejar con inteligencia. Sé de quién somos ministros, dónde nos encontramos y adónde nos dirigimos. Conozco la altura de Dios y la flaqueza del hombre, pero también su fuerza. Por tanto, ¿quién es el sacerdote? Es el defensor de la verdad, se sitúa junto a los ángeles, glorifica con los arcángeles, hace subir sobre el altar de lo alto las víctimas de los sacrificios, comparte el sacerdocio de Cristo, restaura la criatura, restablece (en ella) la imagen (de Dios), la recrea para el mundo de lo alto, y, para decir lo más grande que hay en él, es divinizado y diviniza” (1589).

– “Concede, Padre que conoces los corazones, a tu siervo que has elegido para el episcopado, que apaciente tu santo rebaño y que ejerza ante ti el supremo sacerdocio sin reproche sirviéndote noche y día; que haga sin cesar propicio tu rostro y que ofrezca los dones de tu santa Iglesia, que en virtud del espíritu del supremo sacerdocio tenga poder de perdonar los pecados según tu mandamiento, que distribuya las tareas siguiendo tu orden y que desate de toda atadura en virtud del poder que tú diste a los apóstoles; que te agrade por su dulzura y su corazón puro, ofreciéndote un perfume agradable por tu Hijo Jesucristo...” (San Hipólito, Trad. Ap. 3) (1586).

El rebaño conoce la verdad, porque el Pastor es la Verdad; el rebaño sabe el camino porque el Pastor sube el Camino; el rebaño tiene vida porque el Pastor es la Vida.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

En el tiempo de descanso.

– Santificar la fatiga.

I. En la *Primera lectura*¹ nos dice el Profeta Jeremías: *Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas (...) y las volveré a traer a sus dehesas para que crezcan y se multipliquen.* La profecía hace referencia al cuidado y atención del Mesías con todos los hombres y cada uno de ellos. *Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas,* leemos en el *Salmo responsorial*².

El Evangelio³ muestra la solicitud de Jesús con sus discípulos, cansados después de una misión apostólica por las ciudades y aldeas vecinas. *Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco,* les dice. Y explica el Evangelista que eran tantos los que iban y venían *que no encontraban tiempo ni para comer. Se marcharon, pues, en la barca a un lugar apartado ellos solos. ¡Qué cosas les preguntaría y les contaría Jesús!*⁴.

Nuestra vida, que es también servicio a Cristo, a la familia, a la sociedad, está repleta de trabajo y de dedicación a los demás. Por eso no podemos extrañarnos si experimentamos la fatiga y sentimos la necesidad de descansar. En el tiempo libre recuperamos fuerzas para servir mejor y evitamos daños innecesarios a la salud que, entre otras cosas, repercutirían en quienes nos rodean, en la calidad de lo que ofrecemos a Dios y en la propia tarea apostólica: en la atención debida a los hijos, a la mujer, al marido, a los hermanos, a los amigos; afectaría a la dedicación a esa labor de apostolado, a la atención y formación de las personas que quizá el Señor nos ha encomendado.

En ocasiones, el oportuno reposo constituirá un deber grave. “La cuerda no puede soportar una tensión ininterrumpida, y las extremidades del arco necesitan un poco de relajación, si se quiere poder tensar el arco de nuevo sin que se haya vuelto inútil para el arquero”⁵. El Señor quiere, en lo que depende de nuestra parte, que pongamos los medios para estar en buenas condiciones físicas, pues es mucho lo que espera de todos. “¡Cuánto nos ama Dios, hermanos –exclamaba San Agustín–, pues cuando descansamos nosotros, llega a decir que descansa Él!”⁶. Pero hemos de distraernos como buenos cristianos, santificando, en primer lugar, esa pérdida de fuerzas, amando a Dios en la fatiga, aun prolongada, cuando por determinadas circunstancias debamos seguir en la tarea de siempre. Entonces nos consolará, de modo muy particular, acudir al Señor, que en tantas ocasiones terminaba sus jornadas extenuado. Él nos comprende bien.

– El descanso del cristiano.

II. Muchos días, quizá en largas temporadas, sentiremos la dureza de no encontrarnos bien y de tener que sacar adelante el negocio, la casa, el estudio... No nos debe desconcertar nuestra situación: es parte de la flaqueza humana y señal muchas veces de que trabajamos con intensidad. “Vienen días –confesaba Santa Teresa con gran sencillez– que sola la palabra me aflige y querría irme del mundo, porque me parece me cansa todo”⁷. También esos momentos deben ser para Dios,

¹ Is 23, 1-6.

² Sal 22, 1-6.

³ Mc 6, 30-34.

⁴ Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 470.

⁵ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oración* 26.

⁶ SAN AGUSTIN, *Comentario sobre los Salmos*, 131, 12.

⁷ SANTA TERESA, *Camino de perfección*, 38, 6.

también en esas situaciones el Señor está muy cerca, y quiere que tomemos las medidas que en cada caso sean oportunas: acudir al médico, si es necesario, y obedecer sus indicaciones; dormir un poco más; dar un paseo o leer un libro sano... Son circunstancias que el Señor permite para que ahondemos en el desprendimiento de la propia salud, para crecer en caridad, esforzándonos por sonreír, aunque nos resulte costoso, incluso muy costoso. El ofrecimiento de esa situación a Dios puede ser de un valor sobrenatural de gran mérito, aunque el corazón parezca seco y sin fuerzas para los actos de piedad.

Venid vosotros... y descansad un poco, nos dice el Maestro. Lejos de centrar la atención en el propio yo, también en el descanso buscamos a Cristo, porque en el Amor no existen vacaciones. “A cualquier lugar que se dirija el hombre, si no se apoya en Dios, hallará siempre dolor”⁸, nos advierte San Agustín. Al menos el dolor de haberle dejado a Él a un lado.

El tiempo de vacaciones no debemos emplearlo en no hacer nada. *Descanso significa repesar: acopiar fuerzas, ideales, planes... En pocas palabras: cambiar de ocupación, para volver después –con nuevos bríos– al quehacer habitual*⁹. Ese tiempo ha de suponer un enriquecimiento interior, consecuencia de haber amado a Dios, de haber cuidado con esmero las normas de piedad, y de haber vivido también la entrega a los demás, tratando de fomentar el olvido de nosotros mismos; deben ser días en los que especialmente procuramos hacer la vida más amable a quienes nos rodean. Su alegría y su felicidad constituirán una buena parte de nuestro descanso.

Hoy son muchos quienes dejan su vida sobrenatural a un lado al elegir, imprudentemente, lugares de vacaciones donde el ambiente moral se ha degradado de tal modo que un buen cristiano no puede frecuentarlo, si desea ser consecuente con su vida cristiana. Sería triste que una persona que habitualmente vive de cara a Dios aprobase con su presencia el triste espectáculo de esos ambientes y se expusiera gravemente a ofender al Señor. Más grave sería, si se tratara de unos padres, cooperar a que sus hijos y las personas que de ellos dependen sufrieran en sus almas un daño, muchas veces irreparable: cargarían sobre sus conciencias los pecados propios y los de los hijos.

A muchos podría decir el Señor: “¿Por qué sigues caminando por caminos difíciles y penosos? El descanso no está donde tú lo buscas. Haces bien en buscar lo que buscas; pero debes saber que no está donde lo buscas. Buscas la vida feliz en la región de la muerte. ¡No está allí! ¿Cómo es posible que haya vida feliz donde ni siquiera hay vida?”¹⁰.

Aunque en algunos ambientes se haya olvidado la doctrina moral de la cooperación al mal, nosotros, que deseamos ser buenos cristianos y que muchos otros lo sean, la recordaremos, con oportunidad y con espíritu positivo, a nuestros amigos y compañeros. No olvidemos que, aunque el descanso es un deber, no lo es de un modo absoluto, y que el bien del alma, propia y ajena, está por encima del bien corporal. En un cristiano que desea conducirse en unidad de vida, no quiere Dios un tiempo en el que reponerse físicamente significara para el alma quedar enferma, rota o, al menos, empobrecida. Además, con un poco de buena voluntad, siempre será posible encontrar o crear lugares y modos en los que se pueda descansar teniendo a Dios muy cerca, en nuestra alma en gracia, aprovechar el tiempo para reforzar amistades y realizar un apostolado fecundo.

– Las fiestas cristianas.

⁸ SAN AGUSTIN, *Las Confesiones*, 4, 10, 15.

⁹ Cfr. SAN JOSEMARÍA, *o. c.*, n. 514.

¹⁰ SAN AGUSTIN, *Las Confesiones*, 4, 12, 18; cfr. *Comentario sobre los Salmos*, 33, 2.

III. “Los cristianos deben colaborar para que las manifestaciones culturales y las actividades colectivas, que son características de nuestro tiempo, se impregnen de espíritu humano y cristiano”¹¹. Es tarea nuestra abrir horizontes nobles y gratos a una sociedad en la que muchas personas gozan de más tiempo libre debido a la tendencia de las legislaciones a disminuir la jornada de trabajo, con fines de semana más largos, mayor tiempo de vacaciones, etc. Hemos de enseñar también el sentido esencialmente religioso que tienen las fiestas, sin el cual quedarían vacías de contenido: Navidad, Semana Santa, domingos y demás fiestas del Señor y de la Virgen. Éste es un apostolado que nos urge, pues cada vez son más los que aprovechan estos días para evadirse de los deberes cotidianos y, quizá, para alejarse más de Dios.

Las fiestas tienen una importancia decisiva “para ayudar a los cristianos a recibir mejor la acción de la gracia divina y permitirles responder a ella más generosamente”¹². La Santa Misa es “el corazón de la fiesta cristiana”¹³, y en ella hemos de ofrecer todo lo que constituye el día. Nada tendría sentido si se descuidara este primer deber para con Dios, o si se relegara a una hora que sólo llenara un hueco del día, repleto de otras actividades a las que se consideraría como más importantes. Revelaría al menos poco amor de Dios en un cristiano que quiere tener a Dios como verdadero centro de su vida. Para Él ha de ser lo mejor, especialmente cuando celebramos una fiesta, aunque para eso tengamos que llevar a cabo un cambio de planes. Si somos generosos, sentiremos la alegría profunda de quien ha correspondido al amor de su Padre Dios.

Cuando Jesús se dirigió en una barca con los suyos a un lugar apartado –continúa el Evangelio de la Misa–, muchos los vieron marchar y fueron allá a pie, y *llegaron antes que ellos*. Al desembarcar, vio Jesús una gran multitud, y se llenó de compasión, *porque estaban como ovejas sin pastor*, y se puso a enseñarles muchas cosas. No pudieron descansar aquel día, ni Jesús ni sus discípulos. Nos enseña aquí el Señor con su ejemplo que las necesidades de los demás están por encima de las nuestras. También nosotros, ¡en tantas ocasiones!, habremos de dejar el descanso para otro momento, porque otros esperan nuestra atención y nuestros cuidados. Hagámoslo con la alegría con que el Señor se ocupó de aquella multitud que le necesitaba, dejando a un lado los planes que había proyectado. Es un buen ejemplo de desprendimiento que debemos aplicar a nuestras vidas.

Rev. D. David AMADO i Fernández (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco

Hoy, el Evangelio nos invita a descubrir la importancia de descansar en el Señor. Los Apóstoles regresaban de la misión que Jesús les había dado. Habían expulsado demonios, curado enfermos y predicado el Evangelio. Estaban cansados y Jesús les dice «venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco» (Mc 6,31).

Una de las tentaciones a las que puede sucumbir cualquier cristiano es la de querer hacer muchas cosas descuidando el trato con el Señor. El *Catecismo* recuerda que, a la hora de hacer oración, uno de los peligros más grandes es pensar que hay otras cosas más urgentes y, de esa forma, se acaba descuidando el trato con Dios. Por eso, Jesús, a sus Apóstoles, que han trabajado mucho, que están agotados y eufóricos porque todo les ha ido bien, les dice que tienen que descansar. Y, señala el Evangelio «se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario» (Mc 6,32). Para poder rezar

¹¹ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 61.

¹² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Las fiestas del calendario cristiano*, 13-XII-1982, I, 5.

¹³ *Ibidem*.

bien se necesitan, al menos dos cosas: la primera es estar con Jesús, porque es la persona con la que vamos a hablar. Asegurarnos de que estamos con Él. Por eso todo rato de oración empieza, generalmente, y es lo más difícil, con un acto de presencia de Dios. Tomar conciencia de que estamos con Él. Y la segunda es la necesaria soledad. Si queremos hablar con alguien, tener una conversación íntima y profunda, escogemos la soledad.

San Pedro Julián Eymard recomendaba descansar en Jesús después de comulgar. Y advertía del peligro de llenar la acción de gracias con muchas palabras dichas de memoria. Decía, que después de recibir el Cuerpo de Cristo, lo mejor era estar un rato en silencio, para reponer fuerzas y dejando que Jesús nos hable en el silencio de nuestro corazón. A veces, mejor que explicarle a Él nuestros proyectos es conveniente que Jesús nos instruya y anime.
